

ANTONIO MUÑOZ MAYNE-NICHOLLS

LA FUNDICIÓN



Áurea Ediciones

A mi madre, por enseñarme el
verdadero poder de los libros.

A mi esposa e hijas, por su paciencia,
apoyo y tantas noches de mal dormir.
Era yo, que estaba tecleando estas páginas.

Y a todos y todas los que inspiraron esta historia.
Ustedes saben quiénes son.

ÁUREA EDICIONES

Capítulo 1

Un debate macabro

Ciudad de Antofagasta, año 1983.

El conscripto Pérez estiró la solapa de su chaquetón para proteger su cuello de la húmeda resaca. Ya después de seis meses de instrucción sabía perfectamente que se podía ganar una gripe de aquellas si se descuidaba del traicionero clima nortino. En el sur, en su pueblo, jamás le hubiera pillado desprevenido el clima. Eso era una constante, porque se nacía con el instinto de saber cuándo iba a llover, de cuándo había que abrigarse. Pero en esta tierra del demonio no llovía.

La guardia de esta noche le parecía en especial dura, por el clima y porque llevaba noches sin dormir. Él

sabía qué pasaría si se quedaba dormido en su noche de guardia. No era que fuera una guardia desconocida, ya la había realizado otras veces y le parecía más bien tranquila. Solo debía ahuyentar a los borrachos que se acercaban a la cerca del regimiento. Y a los grupos de jóvenes que, con el mismo afán de emborracharse, buscaban un lugar propicio entre las ruinas que colindaban el recinto, se aproximaban mucho a la garita o traspasaban los límites del perímetro.

La guardia norte tenía fama de ser la más tranquila, por estar más alejada de las barracas y de las instalaciones, nadie se acercaría hasta el cambio de guardia a las 7:30 a. m. Pero lo que le inquietaba no era eso. Era quedarse dormido frente a un punto desprotegido, y su sentido del deber, así como la posibilidad de que lo sorprendieran y lo castigaran, lo obligaba a mantenerse despierto.

Se pellizó los muslos para ver si con eso despertaba y solo logró un feo cardenal. Se revolvió en la caseta para desperdudirse y sacarse el sopor. Evocó la rabia que sentía y la incomodidad de tratar de dormir en un colchón mojado. Pero sabía quién era el responsable por la risa sarcástica que le dio en la formación. Era el Flaco Urmeneta, no le cabía duda.

Tampoco era tan extraño. Desde el día uno le había tratado de hacer la vida imposible. Y la cuadrilla lo seguía, porque no eran tontos. Entre seguir al cabrón que ponía las chapas y gastaba las mejores bromas y al huaso con cara de ganso no había dónde perderse. Eran ellos o él, y hasta los entendía. Lo que no entendía era a Urmeneta y su ensañamiento. ¿Cuál era su problema?,

se preguntaba. Alguna envidia malsana, a lo mejor una vida muy dura, como si él no la hubiera tenido. No lo entendía. Aunque tampoco le importaba mucho, pues además Urmeneta le caía mal, no le causaba simpatía y a lo mejor eso se sentía desde un comienzo, como cuando va a llover en su pueblo y uno lo percibe sin que se lo digan o las nubes lo anuncien. Ninguno de los dos se caía en gracia, eso estaba claro. Pero fue el estúpido de Urmeneta quien se encargó de tomar la delantera y marcarlo con sus bromas.

Recordaba la primera semana, cuando todos se estaban conociendo y compartían los momentos antes de dormir. Fumando el mismo cigarro húmedo en grupos, de a uno en uno fueron mostrando las fotos de sus pololas. Y cuando él mostró la suya, Urmeneta se quedó largo rato mirándola y bromeó con que no se la devolvería, hasta que luego de las risas de los otros y su enojo, se la devolvió diciéndole que no se preocupara, que él no era celoso. Las risas estallaron en el grupo.

De ahí en más empezó todo. Lo del sobrenombre Huaso fue lo primero, luego siguió molestarlo en la formación o en la hora del rancho, para continuar con robarle los calcetines y esconderle la ropa de cama para que lo castigaran en la inspección. Pero lo de mojarle la cama para que no pudiera dormir se pasaba del límite. Esperaba que hubiera sido agua lo que usaron para empapar el colchón y sábanas, aunque por el olor de los rellenos de lana no podía identificar bien. Era una mugre de colchón de lana de oveja muy duro y sábanas que apenas abrigan las noches frías. Pero ante el cansancio de la jornada diaria esas mantas eran lo suficien-

temente cómodas para alojar su maltratado cuerpo y, cuando se dormía, pensaba que era uno de los mejores momentos del día.

Fue como si Urmeneta supiera lo sagrado de ese momento y lo hubiera atacado en uno de sus pocos disfrutes. Estaba tan seguro de que había sido él, pero denunciarlo habría sido lo último por hacer. Así pensaba él, ya que, a su juicio, eso hubiera significado aumentar sus problemas con el resto de sus compañeros. Entonces se ofreció de guardia, pues pensó que así se ahorraría la noche de sueño incómodo en un colchón mojado. Pero sabía que tendría que enfrentar a Urmeneta tarde o temprano, o no lo dejaría en paz. Solo el sobrecogedor entorno que le rodeaba pudo sacarlo de estos pensamientos y despertarlo un poco.

La humedad había subido desde la costa y se iba condensando en neblina que se encaramaba en las lomas por delante del regimiento. Eran la antesala de las enormes ruinas de piedra, que habían alojado la antigua fundición de Huanchaca. Según le contaron sus superiores, aquellas ruinas databan de antes de la Guerra del Pacífico, ahí se fundía plata a tal nivel que pronto la ciudad se transformó en un punto estratégico para toda la región del Pacífico sur. Sin embargo, así como llegó la bonanza se acabó y solo quedaron las ruinas, que él presenciaba en su guardia con una vista privilegiada.

Las estructuras de piedra formaban escalinatas como hechas para gigantes, que en otros tiempos habían aguantado los rieles por donde bajaban o subían los carros cargados de mineral. También estaban los grandes hornos, que se suponía trabajaban a temperaturas